

EL FUSIL

Dolores Leis Parra

El fusil apoyado en un rincón. Los soldados, con trinchas que cruzan el torso, camisa remangada mostrando bíceps de gimnasio y gorra plegada en la trabilla del hombro, piden a gritos tres platos de vino; el tabernero acude presto, sirve con manos ágiles las bebidas, deja sobre la barra la botella semivacía y desaparece tras las cortinas que ocultan de miradas indiscretas la cocina.

Desde su torre de centinela (ventana abierta a la plaza) hace señas a los paisanos para que pasen de largo; una joven da media vuelta cuando apenas un par de pasos la separan de la puerta del bar. Un fuerte golpe reclama su presencia.

El dedo de marcadas falanges, señala la botella vacía, diligente coloca frente a ellos otra terciada. Por el rabillo del ojo, ve que el fusil descansa sobre el regazo del soldado que ostenta mayor rango. Regresa de nuevo a su torre, pidiendo al cielo que no suceda ninguna desgracia. Como única respuesta, las voces cada vez más elevadas, que llegan desde el otro lado de la cortina.

Le gustaría salir del bar, y podría hacerlo. A su derecha queda la puerta del almacén y de allí a la calle. Pero teme que si abandona el barco, esos soldados cometan cualquier barbaridad, desde destruirle el local hasta dispararse entre ellos. Ese fusil, sospecha, es sólo la punta del iceberg; es muy probable que todos lleven otras armas de fuego de menor tamaño. Se dice que si le vuelven a llamar, tratará de fijarse en los bultos sospechosos de los pantalones, pues la camisa no da para ocultar nada.

Recuerda las películas bélicas. El cuchillo escondido en el caño de la bota. No hay guerra, piensa, sólo son militares perdidos en un pueblo perdido. ¿Desde cuándo permiten a los soldados salir armados del acuartelamiento? Debe atar corta la mente pues en ella, los desastres empiezan a sucederse uno tras otro. Además mientras imagina todo tipo de situaciones y se hace preguntas sin respuesta, ha dejado sin vigilancia el fortín. Lo comprende cuando escucha la campanilla de la puerta y el silencio de los hombres. Por fortuna, quien fuera no llega a entrar. Quizás al ver la soledad del lugar, la imagen de los soldados acodados en la barra o el fusil que ahora descansa sobre la mesa más cercana, le hacen desistir en el último momento. Abrir apenas. Cerrar con presteza.

Respira aliviado. Le servirá de lección, no puede distraerse.

Respondiendo a la nueva llamada de los soldados se posiciona en el bar. Cuando saca una nueva frasca de vino, el de más edad señala la botella de anís. Duda, al final opta por dejar las dos en la barra. Saca cuatro copas el viejo armario, las limpia con un trapo que denota docenas de lavados. Hacer todo esto sin perder de vista el fusil no resulta demasiado difícil si se sitúa en el lugar adecuado. Uno de los soldados cuya única característica es la falta de cabello, coge el arma, su mirada se fija en un punto del bar que el camarero, desde su posición no ve con claridad. Pero es su local y conoce cada mueble, cada adorno, cada máquina. Lo encaja en

el hombro y apunta.

Contiene la respiración aunque no es consciente de hacerlo. A la tranquilidad de saber que aquel rincón sólo alberga un cuadro floral, asoma la duda de si habiendo disparado una vez, continuarían con la balacera. Expulsa el aire retenido, el calvo baja el fusil y lo apoya de pie contra el mostrador. Deja las copas y regresa a la parte trasera. El sol de plomo golpea la calle desierta; todos los habitantes sin excepción, saben que no deben abandonar el refugio de sus casas.

Con esa certeza vuelve a la parte delantera, mejor tenerlos controlados desde dentro, quizás su actuación pueda evitar la desgracia que se masca pero no termina de cuajar. Los soldados siguen bebiendo. Todos ven, unos de frente, otros de reojo, un movimiento a ras de pared, desaparece aún más deprisa de lo que ha aparecido. Uno de ellos va a echar mano del arma pero otro ha sido más rápido, es el compañero quien apunta al rincón por donde se escabulle la rata. Corleone, la gata atigrada que acaba de parir, no se atreve a seguirle, como buen felino huele el peligro que en esta ocasión no está en la escoba de la Mercedes, y se refugia detrás de la máquina sin dejarse llevar por el instinto cazador propio de su raza. Sólo el brillo de los ojos delata su presencia.

El tabernero, cada vez más ansioso mira el reloj, lo hace de manera disimulada, no quiere que piensen que trata de echarlos. Es una costumbre adquirida de niño, cuando ayudaba a su padre en las faenas del bar y contaba los minutos que restaban para la hora de salir. Hora que se acerca peligrosamente, pero si nadie lo remedia, ante él se abre una tarde demasiado larga.

Nueva palmada, nuevo reclamo, otra botella de anís. Pone frente a ellos Castellana, una marca diferente a la anterior, pero en ese momento no dispone de otra. Si protestan por el cambio o la terminan, no le quedará más remedio que regresar al almacén en busca de una nueva. Por fortuna lo primero no

sucede. El de mayor graduación sirve y todos al unísono apuran la copa.

No ve el arma pero la sabe apoyada en la barra, trata de inclinarse por encima para confirmar que continúa ahí, uno de ellos se agacha arrastrando consigo el fusil que queda tendido a sus pies, esa posición le resulta aún más amenazante. Reprime las ganas de volver a la parte trasera y abandonar el local en manos de los cuatro soldados. Está convencido que si los deja solos, los disparos sonaran causando daños irreparables en muebles, paredes y personas.

Las manillas marcan las ocho ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llegaron? No hacen además de marcharse, la botella cada vez más vacía amenaza con terminarse. ¡Ya está! En la última copa, la que corresponde al calvo, apenas un dedo. Solidario, un compañero le pasa un poco desde la suya. Camaradas hasta el final, sonríen por el gesto. Casi los prefería adustos, esa leve sonrisa les da una cualidad humana que no desea descubrir.

El reloj avanza implacable pero los soldados no tienen prisa por marchar. La botella continua vacía, duda si poner a su alcance una llena o esperar a que sean ellos quienes la pidan. Atento a un gesto que le indique lo que debe hacer, no pierde ojo del fusil que en esta ocasión, ha vuelto sin saber muy bien cómo, al rincón. Cada vez que lo busca esta en un sitio diferente y no lo ha visto en manos de ninguno. Le dirige una nueva mirada, más desconfiada si cabe que las anteriores ¿Tendrá el maldito fusil vida propia?

Parece que van a recogerse, el más joven dice algo pero el de mayor graduación niega con la cabeza. Con un poco de suerte, piensa el tabernero, en unos minutos abandonarán el local y los vecinos retomaran su rutina diaria. No se equivoca, uno de ellos saca la cartera ¡Si hasta tienen intención de pagar! Eso sí es una sorpresa. El nombrado no pregunta, deja un billete de cincuenta euros en el mostrador, sin esperar el cambio se vuelven hacía

la salida.

Sorprendido, el tabernero no reacciona. Es cuando se cierra la puerta que sus ojos descubren el fusil. Sale de detrás de la barra, lo coge y corre en busca de los soldados. Mira a derecha y a izquierda, únicos caminos posibles, pero no distingue a nadie. Las luces empiezan a iluminar la calle, algunas puertas se abren dando paso a un tropel de niños ansiosos de libertad callejera. Allí parado, con el fusil en la mano llama la atención de los chavales que se acercan curiosos.

—¿Va a dispararnos don Marcial? —pregunta una niña elevando la voz sobre los cuchicheos de sus amigos.

—Qué cosas tienes Azucena. Aunque si no dejáis de revolotear a mí alrededor es posible que lo haga. —Hizo ademán de acercarse a ellos mientras soltaba una carcajada.

Los niños, se dispersan riendo calle abajo. Todos conocen a Marcial el tabernero y no hay hombre más dispuesto a remangarse y jugar a pelota con ellos cuando son impares. O echarse al suelo con sus artríticas rodillas para participar en una carrera de chapas. Alguien así nunca hará daño a un niño.

De nuevo en el bar apenas tiene que limpiar, no hay necesidad de llenar las cámaras por lo que termina pronto la tarea de cierre. Rellena, eso sí, las frascas de vino que acabaron los soldados, tira las botellas vacías de anís (otros las aprovechan con alcohol de menor calidad, pero su negocio es honrado) y apaga las luces. Sube al piso superior donde pernocta desde la muerte de su esposa, lo hace acompañado del fusil que esconde bajo la cama, tiene que pensar qué hará con él, no lo desea como compañero pero aquellos soldados pueden venir en cualquier momento y reclamarlo, no le conviene tenerlo muy alejado. También puede acercarse al cuartel y dejarlo allí.

Con las primeras luces de la mañana decidirá qué

hacer.

—Parecía buena gente —susurra el soldado más joven.

—Pues no lo era —sentencia otro.

—¿Por qué no lo cogisteis antes de salir? —pregunta el de mayor graduación.

—Lo buscamos señor, pero no estaba.

Los cuatro a un tiempo se miran las manos vacías y asustados las ocultan en los bolsillos.

—Parecía buena gente —repite el calvo con pesar en la voz.

—Pues no lo era —zanja el de mayor graduación temiendo que volvieran los remordimientos.

—¿Empieza de nuevo, señor?

—Eso parece —adopta voz de mando—. ¡Vámonos!

—¿Dónde?

No cuestionan simplemente quieren saber, pero él se encoge de hombros. Al igual que sus compañeros obedece órdenes y la carretera se abre ante ellos.

Ante la puerta cerrada se agolpan los primeros vecinos en busca de su café matinal. Marcial no ha abierto el bar y eso es muy raro. Piensan llamar a la Mercedes que tiene llave de la trastienda, desde allí podrán acceder al cuarto del piso superior que el tabernero utiliza como vivienda. Los que entran nunca olvidarán la escena. Marcial tumbado en la cama y carente de rostro viste de militar. Los dedos crispados parecen sujetar un arma homicida, o suicida, pero nada más retienen el aire. En aquella habitación cerrada, sólo encuentran un muerto.

Días después, en otro pueblo, cuatro soldados, dejan atrás el polvoriento camino adentrándose en una pequeña localidad. Sedientos buscan un bar y allí, ante la indiferencia del tabernero, apuran y reclaman nuevas cañas de cerveza.

El fusil descansa en un rincón de la barra.